

---

## HISTORIA ECLESIAÍSTICA

DEL

# SCISMA DEL REINO DE INGLATERRA,

EN LA CUAL SE TRATAN ALGUNAS DE LAS COSAS MÁS NOTABLES QUE HAN SUCEDIDO EN AQUEL REINO  
TOCANTES Á NUESTRA SANTA RELIGION;

RECOGIDA DE DIVERSOS Y GRAVES AUTORES

**POR EL PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA,**

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

---

AL PRÍNCIPE DON FELIPE NUESTRO SEÑOR.

Es tan grande bien el de todo el reino, cuando Dios le da de su mano un rey piadoso, celador de su gloria, favorecedor de buenos, perseguidor de malos, justo, pacífico y moderado, que ninguna otra felicidad de las de acá puede tener mayor; porque, como el Rey es la cabeza del reino y como la vida y ánima dél, al paso que anda el Rey, anda el reino, que depende del mismo Rey. A esta causa, todos los vasallos del Rey, nuestro señor, y más los religiosos, tenemos obligación de suplicar continuamente á nuestro Señor tenga á vuestra alteza de su mano, y desde esta su tierna edad le encamine por las derechas sendas de su justicia y verdad. Porque todas las gracias y mercedes que dél recibiere vuestra alteza, no las recibirá para sí solo, sino para bien de todos sus reinos y señoríos, que, por ser tantos y tan grandes, es el rey don Felipe, nuestro señor, el mayor monarca que ha habido entre cristianos, y vuestra alteza, que es su heredero y sucesor, lo será despues de los largos y bienaventurados años de su majestad; la cual, juntamente con la monarquía de tantos y tan poderosos reinos y estados, dejará por su principal herencia á vuestra alteza el ser defensor de nuestra santa fe católica, pilar firmísimo de la Iglesia, amplificador del nombre de Jesucristo; dejará la piedad, la religion, la justicia, la benignidad, la modestia y compostura de su ánima y cuerpo en todas sus acciones, y las otras heroicas y admirables virtudes con que resplandece en el mundo, para que vuestra alteza las imite y saque un perfecto dibujo dellas, que es la mejor parte y la más preciosa joya deste riquísimo y abundantísimo patrimonio. Pues para que vuestra alteza sepa imitar las virtudes del Rey nuestro señor (como su majestad ha imitado las del Emperador, su padre, de gloriosa memoria), y hacer lo que sus reinos desean y han menester, conviene que se asiente en el pecho de vuestra alteza que hay otro Rey en el cielo, que es Rey de todos los reyes, delante cuyo acatamiento y soberana majestad todos los otros reyes son como unos gusanillos de la tierra, y que ninguno dellos puede reinar bien sino por Él, y que cuanto es más encumbrada su grandeza y más largo su poder, tanto mayor debe ser su agradecimiento y humildad para con Él, y que más estrecha será la cuenta que se les pedirá, y más riguroso el juicio, porque los poderosos poderosamente serán atormentados si no hacen lo que deben, como lo dicen las divinas letras, en las cuales, y en las historias eclesiásticas y aun profanas, se hallan admirables ejemplos de reyes excelentísimos, que supieron juntar con la grandeza y majestad de sus personas y estado real, la piedad y temor santo para con Dios, la devocion y reverencia para con sus ministros, la templanza para consigo, la benignidad para con sus vasallos, la suavidad para los buenos, la severidad para los malos, la misericordia para los pobres, el terror y espanto para los que atropellan á los que poco pueden,

la buena correspondencia para los amigos, el valor para los enemigos; y finalmente, la vara de la justicia tan igual y tan derecha para con todos, que no se deje torcer de nadie, ni doblar. Que estos todos son oficios del buen rey, los cuales vuestra alteza debe procurar saber y obrar; y no ménos de entender las caídas de los malos reyes, y los castigos terribles que nuestro Señor ha dado á sus maldades y tiranías, y los desastrados fines que tuvieron, porque así sabrá lo que ha de huir y evitar; pues para servir en algo á vuestra alteza, como el menor de sus súbditos, le ofrezco yo una historia de nuestros mismos tiempos, de la cual se pueden sacar maravillosos ejemplos para lo uno y para lo otro; porque en ella se trata del rey Enrique VIII de Inglaterra, el cual, habiendo sido ántes justo y valeroso príncipe, y grande defensor de la Iglesia católica, despues se cegó con una afición deshonesta, y volvió las espaldas á Dios, y se trasformó en una bestia fiera y cruel, y destruyó todo su reino, y se engolfó en un piélago de infinitos males, por los cuales fué desamparado de Dios, que es el mayor y más temeroso mal de todos los males. A Enrique imitaron Eduardo VI, su hijo, que le sucedió en el reino, engañado y pervertido de sus tutores, é Isabel, que ahora reina, hermana de Eduardo y hija del mismo rey Enrique, cuyos ejemplos debe vuestra alteza aborrecer por ser tan abominables, y tener delante los ojos las grandes y reales virtudes de la esclarecida reina doña Catalina, hija de los Reyes Católicos, vuestros progenitores, y de la reina doña María, su hija, nuestra señora, que fueron dechado de reinas cristianas; y no ménos el celo, prudencia y valor con que el rey don Felipe, nuestro señor, restituyó la religión católica en aquel reino; que todo esto se cuenta en esta historia, para que vuestra alteza, sin salir de su palacio real, sepa lo que debe hacer, y sea en las obras tan vivo retrato de su padre, como lo es en la naturaleza. Guarde Dios á vuestra alteza, como todos estos reinos lo han menester, y estos sus siervos y devotos capellanes de la Compañía de Jesus continuamente se lo suplicamos. En Madrid, á veinte de Junio de mil y quinientos y ochenta y ocho años.

PEDRO DE RIBADENEIRA (sic).

#### EL AUTOR AL CRISTIANO Y PIADOSO LECTOR.

A mis manos ha llegado un libro del doctor Nicolas Sandero, varon excelente, inglés de nacion, de profesion teólogo, y de vida ejemplar, en el cual escribe los principios y el progreso del cisma que comenzó en Inglaterra el rey Enrique VIII, y los pasos y escalones por donde ha crecido y subido á la cumbre de maldad en que al presente está. Despues de haberle pasado con alguna atencion, me ha parecido libro digno de ser leído de todos; porque, demas que contiene una historia de reyes poderosos, cuyas hazañas, por ser grandes y várias, los hombres desean saber, es tambien historia eclesiástica, en que se pintan las alteraciones y mudanzas que nuestra santa y católica religion, por espacio de sesenta años, ha padecido y padece en aquel reino; y esto con tanta verdad, llaneza y elegancia de estilo, que oso afirmar que ningun hombre de sanas entrañas le leerá que no quede aficionado al libro y á su autor; porque en él se ve muy al vivo, y con sus propias colores pintada, una de las más bravas y horribles tempestades que dentro de un reino ha padecido hasta ahora la Iglesia católica. Vese un rey poderoso, que quiere todo lo que se le antoja, y ejecuta todo lo que quiere; una afición ciega y desapoderada, armada de saña y poder, derramando la sangre de santísimos varones y profanando y robando los templos de Dios, y empobreciéndose con las riquezas dellos; quitando la verdadera cabeza de la Iglesia, y haciéndose á si cabeza monstruosa della, y pervirtiendo todas las leyes divinas y humanas. Vese la constancia y santidad de la reina doña Catalina, la entereza y justicia del romano Pontífice, el sentimiento de los otros príncipes, la desenvoltura y torpeza de Ana Bolena, las lisonjas y engaños de los ministros del Rey, la paciencia y fortaleza de los santos mártires, y finalmente, el estrago, confusión y asolamiento de un reino noble, católico, poderoso (1), y que con grande loa luégo á los principios de la primitiva Iglesia tomó la fe, y despues que san Gregorio, papa (á quien el venerable Beda (2) llama apóstol de Inglaterra), por medio de Agustino y

(1) Polidoro Virgilio, lib. II de su *Historia*, y el cardenal Polo, lib. II de *unione Ecclesie*, dicen que

fué el primer reino que públicamente recibió la fe.  
(2) Lib. II, cap. I de su *Historia eclesiástica*.

sus compañeros la tornó á aplacar, y por espacio de casi mil años la habia conservado y perseverado en la obediencia de la santa Sede Apostólica. En este libro se ve la niñez tierna del rey Eduardo, hijo del rey Enrique, oprimida y tiranizada de sus tutores y gobernadores del reino, y por mano dellos suelta y sin freno la herejía, hasta que Eduardo murió (no sin sospecha de veneno), y la esclarecida reina doña María, su hermana, le sucedió, y con el resplandor de su vida santísima y celo de la gloria de Dios, y consejo y poder del católico rey don Felipe, su marido, fueron desterradas las tinieblas de las herejías, y volvió el sol de la religion, paz y justicia á mostrarse sereno y alegre á aquel reino, que por sus pecados no mereció tanto bien; porque, llevándose el Señor á otro mejor reino á la reina doña María, en ella se acabó todo el bien que por ella habia revivido; y sucediéndole su hermana, la reina Isabel, tiene todo aquel reino puesto en el conflicto y miseria que cuenta esta historia, de la cual, los que la leyeren, aprenderán á guardarse de sus pasiones, y irse á la mano y tener la rienda á sus gustos y apetitos; pues una centella de fuego infernal que salió de una afición desordenada de una mujer, no muy hermosa, en el corazon del rey Enrique, de tal manera le encendió y transformó, que de defensor de la fe le trocó en cruelísimo perseguidor de la misma fe y en una bestia fiera, y abrasó y consumió con vivas llamas todo el reino de Inglaterra, el cual hasta hoy padece y llora su incendio, sin que las continuas lágrimas de los católicos afligidos, ni la sangre copiosa de los mártires que cada dia se derrama, sea parte para le extinguir y apagar. Y juntamente sacarán los prudentes de aquí, que pues la fuente manantial de este cisma y tiranía está inficionada y es ponzoñosa y fundada sobre incesto y carnalidad, no puede manar della sino muerte y corrupcion. Este es un grande desengaño para todos los simples y engañados que desean saber la verdad, entender, digo, las causas y vientos desta tormenta, y los efectos, movimientos y alborotos que della se siguen, para acogerse al puerto seguro de la santa fe católica; pues luz, tinieblas, mentira y verdad no se pueden juntar, y Cristo y Belial no son para en una. Y esto mismo es de maravilloso consuelo para los católicos y buenos cristianos, y para despertar y esforzar su esperanza, pues de aquí sacarán que no puede durar ni ir adelante maldad tan aborrecible y abominable. No solamente porque la mentira y falsedad herética es flaca contra la verdad y religion católica, pero tambien porque esta misma mentira, que al presente parece que florece y reina y triunfa de la verdad en Inglaterra, está tan armada de embustes, engaños y tiranías, que ellas mismas la han de acabar, como acabaron y dieron fin á las idolatrias, herejía y errores que infestaron y turbaron la misma fe en tiempo de los emperadores gentiles y cruelísimos tiranos, que eran señores del mundo y se tenían y hacian reverenciar como dioses en la tierra; los cuales la persiguieron con todo su poder y artificio, y se apacentaban de las penas, y se embriagaban de la sangre de los fieles, y al fin quedaron todos sus consejos burlados, pues la sangre que ellos derramaban de los cristianos era, como dice Tertuliano (1), semilla que se sembraba en el campo de la santa Iglesia, y por un cristiano que moria, nacian mil, y las penas y tormentos que padecian por la fe eran estímulos á otros para venir á ella, la cual al cabo siempre prevaleció, y dado caso que pasó por el crisol y fuego, no padeció detrimento el oro de su verdad; ántes se afinó y apuró y resplandeció mucho más, quedando todos los tiranos sus enemigos derribados en el suelo, acabadas miserablemente sus vidas con ignominia y afrenta. Esto es de grandísimo consuelo y alegría para todos los católicos y siervos de Dios, pues lo que fué, será, y lo que leemos en las historias eclesiásticas, vemos en nuestros dias. Y así, pues es agora el mismo Dios que fué en los siglos pasados, y Él es el piloto y capitán desta nave de la Iglesia, al cual obedecen los vientos y las olas que contra ella se levantan, aunque parezca que duerme y que no tiene cuidado de nuestro trabajo, y que ha ya pasado la noche y que estamos en la cuarta vigilia, no desmaye ni desconfie nadie; que Él despertará á su tiempo, y sosegará la braveza de los vientos y quebrantará el orgullo de la mar, y quedará ahogado Faraon, y sus huestes y carros en ella, y los hijos de Israel (que son los católicos, afligidos y oprimidos de los gitanos), libres de espanto y temor, cantarán un dia cantares de júbilo y de alabanzas al glorioso Libertador y piadosísimo Redentor de sus almas y sus vidas. Tambien los reyes y príncipes poderosos de la tierra pueden aprovecharse desta *Historia* y escarmentar en cabeza ajena, para no usar de disimulacion y blandura con los herejes, ni darles mano y libertad, pensando por este camino conservar mejor sus señoríos y estados; porque la experiencia nos ha mostrado lo contrario, y toda buena ra-

(1) En el fin de su *Apologético, adversus gentes*.

zon nos enseña que no hay cáncer que así cunda, ni fuego que así se extienda, ni pestilencia que así inficione y acabe, como la herejía, y que el remedio es cortar el mal árbol de raíz, y atajar dolencia tan pegajosa en sus principios. Pueden asimismo aprender los principes del discurso del rey Enrique (que fué, ántes que se cegase con la pasión, estimado en todo el mundo, y glorioso en paz y en guerra), á no querer todo lo que pueden, y á no atropellar la razón y justicia con el mando y poder que tienen, sino moderarle y medirle con la ley del Rey de los reyes, á la cual todo el poderío del mundo se ha de sujetar. Y áun conviene que estén advertidos los reyes á no declarar fácilmente su voluntad, ni los gustos ó disgustos que tienen, si no fueren muy regulados y medidos con la medida justa de la razón; porque, como son tantos los lisonjeros y hombres que pretenden darles gusto, muchas veces se abalanzan á aconsejarles cosas desmedidas y apasionadas, pensando que son conformes á lo que ellos quieren, aunque realmente no lo sean, y una vez aconsejadas, no quieren ó no pueden volver atrás, como se ve en esta *Historia*, en el consejo que dió el cardenal Volveo al rey Enrique, que se descasase de la reina doña Catalina, pensando con esto ganarle la voluntad. Y no es ménos de notar el respeto que deben á las cosas sagradas y á los bienes de la Iglesia, pues es cierto que el rey Enrique, despues que metió las manos en los templos de Dios y los despojó de sus tesoros y riquezas, se halló más pobre y con mayores necesidades, y cargó y afligió á su reino con mayores pechos y estorsiones que habian hecho todos los reyes sus predecesores en quinientos años atrás. A los ministros y privados de los mismos reyes no les faltará aquí tampoco qué aprender, ni á los lisonjeros, que á manera de espejo representan en sí el semblante y rostro del Príncipe, y como unos camaleones, toman la color que ven en él, y alaban y engrandecen todo lo que él quiere, y por sus particulares intereses le aconsejan lo que piensan le ha de dar gusto, y se desvelan en hallar medios y trazas para facilitarlos, y lo ejecutan, rompiendo por todo lo que se les pone delante, aunque sea justicia, religion y Dios; pues aquí verán el fin que tuvieron todos los principales ministros del rey Enrique y los atizadores de sus llamas y torpezas, y ejecutores de sus violencias y desafueros, y el paradero de sus favores y privanzas, que pretendieron y alcanzaron con tanto daño y corrupcion de la república; porque á la fin perdieron la gracia de su rey, y con ella, las vidas, honras, estados y haciendas (que las ánimas ya las tenían jugadas y perdidas); dando ejemplo al mundo de cuán poco hay que fiar en lo que con malos tratos y peores medios se alcanza, y que los servicios que se hacen á los reyes contra Dios, el mismo Dios los castiga por mano de los mismos reyes. Pues ¿qué diré de otra utilidad maravillosa que podemos todos sacar desta *Historia*? Ella es la compasion por una parte, y por otra la santa envidia que debemos tener á nuestros hermanos los que en Inglaterra, por no querer adorar la estatua de Nabucodonosor y reconocer á la Reina por cabeza de la Iglesia, cada dia son perseguidos con destierros, cárceles, prisiones, calumnias, falsos testimonios, afrentas, tormentos, y con muertes atrocísimas despedazados; por lo cual debemos alabar al Señor, que nos da en nuestros dias soldados y capitanes tan esforzados y valerosos, que poniendo los ojos en la inefable verdad de su promesa y en aquella bienaventurada eternidad que esperamos, desprecian sus tierras, deudos, amigos, casas, haciendas y honras, y sus mismas vidas por ella, á los cuales debemos nosotros recoger, abrazar y socorrer, é imitar con el deseo, y suplicar á la divina Majestad que les dé perseverancia y victoria de sus enemigos y nuestros, que tales son todos los que lo son de nuestra santa fe católica. El parecerme que todos estos provechos se pueden sacar desta *Historia*, me ha movido á poner la mano en ella, y á querer escribir en nuestra lengua castellana la parte della que he juzgado es bien sepan todos, cercenando algunas cosas, y añadiendo otras que están en otros graves autores de nuestros tiempos y tocan al mismo cisma, y distinguiendo este tratado en dos libros, y los libros en sus capítulos, para que el lector tenga donde descansar. Y demas destes motivos que he tenido para hacer esto, que son comunes á las otras naciones, dos cosas más particulares y propias me han incitado también á ello. La primera, ser yo español, y la segunda, ser religioso de la Compañía de Jesus; porque el ser español me obliga á desear y procurar todo lo que es honra y provecho de mi nacion, como lo es que se sepa y se publique en ella la vida de la esclarecida reina doña Catalina, nuestra española, hija de los gloriosos Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, que fué mujer legítima del rey Enrique VIII de Inglaterra, y repudiada y desechada dél con los mayores agravios que se pueden imaginar, los cuales ella sufrió con increíble constancia y paciencia, y dió tan admirable ejemplo de santidad, que con muy justo título se puede y debe llamar espejo de princesas y reinas cris-

tianas. De manera que así como la vida del rey Enrique puede servir á los reyes de aviso para que sepan lo que han de huir y evitar, por ser llena de increíbles vicios y maldades, así la de la reina doña Catalina, su mujer, puede ser dechado á todas las reinas y princesas de lo que deben obrar, por las extremadas y excelentísimas virtudes con que resplandece. El ser yo religioso de la Compañía también es causa y motivo para tomar este trabajo, pues el ser religioso me obliga á favorecer y adelantar con mis flacas fuerzas todas las cosas que tocan á nuestra sagrada religion, como es ésta, y el ser de la Compañía áun más particularmente, así porque Dios nuestro Señor la instituyó y envió al mundo en estos miserables tiempos para defender la fe católica y oponerse á los herejes (así lo dice el Vicario del mismo Dios, en la bula de su confirmacion), como por la merced tan señalada que el mismo Señor nos hace á todos los hijos della, tomando por instrumento á la reina de Inglaterra, Isabel, hija del rey Enrique y de Ana Bolena (que fué la levadura desta lamentable tragedia y la fuente y raíz de tantas y tan graves calamidades), la cual, siguiendo las pisadas de tales padres y hinchendo la medida dellos, con extraordinaria crueldad y tiranía persigue nuestra santa fe católica, apostólica y romana, y hace carnicería de los que la profesan y enseñan, atormentándolos, descoyuntándolos y despedazándolos con atrocísimos linajes de penas y muertes, y haciéndoles por este camino los mayores bienes que ellos podian desear. Entre éstos que han muerto por la fe en tiempo de Isabel, los principales han sido algunos padres de nuestra Compañía, ingleses de nacion, los cuales quisieron ser ántes á puros tormentos descoyuntados y muertos, que apartarse un pelo de la confesion de la verdad católica. Y éste es beneficio tan grande y regalado del Señor, que nos obliga á todos los hijos desta mínima Compañía á reconocerle y servirle, y á desear seguir á nuestros hermanos, y dar la vida por él, y á suplicar instantemente á la divina Majestad que por su infinita misericordia se apiade de aquel ilustrísimo reino, y dé fin á tantos males y miserias, y alumbre con su luz á la Reina y á los de su Consejo, para que se reconozcan, arrepientan y salven, ó que les ate las manos para que no las ensucien con la sangre de sus hermanos, ó á lo ménos que les dé á ellos fortaleza y constancia para derramarla (como lo hacen) por su santísima fe; que lo que el Señor con su incomprehensible providencia dispusiere y ordenáre, eso será lo más acertado, y para su esposa la santa Iglesia lo mejor.

### ARGUMENTO DE ESTA PRESENTE HISTORIA, Y EL PRINCIPIO DEL MISERABLE SCISMA DE INGLATERRA.

Los británicos, que son los que ahora llamamos ingleses, fueron convertidos á la fe de Cristo nuestro Señor por Joseph ab Arimathia (1), el cual plantó en aquella isla las primicias de nuestra santa religion. Despues fueron confirmados en ella por Eleuterio, papa, que fué, segun la cuenta de unos, el doceno, y segun la de otros, el catoreno papa despues de san Pedro; el cual envió á Inglaterra á Fugacio y Damiano, y ellos bautizaron al rey Lucio y gran parte de aquel reino; y creció tanto la piedad cristiana, que Tertuliano, escritor antiguo y vecino de aquellos tiempos, escribe estas palabras (2): «Los lugares de Bretaña, á los cuales los romanos no han podido llegar, se han sujetado á Jesucristo». Sucedió, despues desto, que los anglos y sajones, pueblos de Alemania, hicieron guerra á los británicos y los vencieron, y arrinconaron en cierta parte de la isla más remota, y se apoderaron del reino; y como ellos eran infieles, se perdió la fe de Cristo, y por esto san Gregorio, papa, les envió á Agustino y á Melito y á otros santos monjes de la orden de San Benito, los cuales los convirtieron de la idolatría y los hicieron cristianos, y bautizaron á Ethelberto, rey de Cantlo. Desde aquel día hasta el año 25 del reinado de Enrico VIII, que fué el de 1534 despues del nacimiento de nuestro Señor, por espacio de casi mil años, no hubo en Inglaterra otra fe ni otra religion sino la católica romana, y esto con tanta sujecion, obediencia y fidelidad á la Silla Apostólica, que desde el muy poderoso rey Ina, fundador de la iglesia welense y del insigne monasterio de Glasconia, hasta los desdichados tiempos del rey Enrique, que son más de ochocientos años (3), cada casa de Inglaterra daba al Pontífice romano una moneda de plata, á manera de tributo ó de oblation voluntaria, á honra del glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro, para testificar la devocion particular que todo aquel reino tenía á la Sede Apostólica; y por esto las monedas que se ofrecían, se llamaban *los dineros de san Pedro*. Pero Enrique VIII mudó la fe de Cristo, y apartó de la comunión y obediencia del romano Pontífice aquel reino, al cual, por ser tan antiguo y fiel en ella, algunos llamaban *hijo primogénito de la Iglesia*. La ocasion que tomó Enrique para hacer lo que hizo, fué la que se sigue.

Arturo, hermano mayor de Enrique, tomó por mujer á doña Catalina, hija de los Católicos Reyes de España,

(1) Esto prueba Polidoro Virgilio, y lo trae de Gilda, autor antiquísimo, lib. II et IV.

(2) In lib. *Adversus judæos*.  
(3) Polid. Virgil., lib. IV.

don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, y murió en breve sin hijos, y aun por su tierna edad, flaca salud y muerte acelerada, dejó á la Princesa, su mujer, tan entera como vino á él (1). Enrique, con dispensacion del sumo Pontífice, para conservar la paz entre los españoles é ingleses, se casó con su cuñada, y habiéndola tenido por su legítima mujer y vivido con ella veinte años, y habido hijos de ella, y reconociéndolos por sus herederos, la repudió y se apartó de ella, tomando por achaque que no podía ser su mujer la que lo había sido de su hermano; pero realmente por casarse con Ana Bolena, con la cual tenía más estrecho parentesco por vía de afinidad, y más fuertes impedimentos para no se poder casar con ella, que no con la reina doña Catalina; porque Ana era hermana de una de las amigas de Enrique (que tuvo muchas) é hija de otra, las cuales á la sazón vivían. Y aunque parece cosa increíble é indigna de escribirse aquí, por ser tan abominable y espantosa, todavía la diré, por decirlo el doctor Sanderó, para que mejor se entienda (si es verdad) la paciencia y sufrimiento de Dios, y el abismo de maldades en que cae el hombre desamparado de su poderosa mano. Por hija del mismo Enrique era tenida Ana Bolena, y esto con muy graves fundamentos, como adelante se verá. Para casarse con ésta, se descasó y apartó de su legítima mujer; salió de la obediencia de la Iglesia romana, y no quiso allegarse á ninguna secta antigua, ni á las modernas de Lutero y de Zuinglio, sino fundar él una nueva y monstruosa, de la cual se nombró soberana cabeza, y como á tal se mandó obedecer. Y para que veamos en qué paran los amores desenfrenados de los hombres ciegos, hizo cortar públicamente la cabeza á la misma Ana Bolena, su querida (que siempre fué hereje luterana), por haber sido deshonesta y revueltose con muchos hombres ántes que se casase con el Rey y despues, y por haber tenido abominable ayuntamiento con su propio hermano; condenándola por adúltera y incestuosa los jueces, entre los cuales fue uno Tomas Boleno, que llamaban su padre, aunque no lo era, sino marido de su madre de ella, como en esta historia se verá. Sobre esta hipocresía y falso color del rey Enrique, con el cual quiso dar á entender que repudiaba á la reina doña Catalina por puro temor de Dios; sobre este diabólico incesto y casamiento del Rey con su hija, ó por lo ménos con la hija de su manceba; sobre el adulterio de Ana Bolena, con que afrentó al Rey, y estando públicamente casada, ó por mejor decir, amancebada con él, tuvo abominable y nefario acceso con su propio hermano; sobre este primado eclesiástico, que el primero de todos los mortales Enrique se usurpó, está fundada toda aquella religion y falsa creencia que debajo del mismo rey y de sus hijos, Eduardo y Elisabeth, profesa el reino de Inglaterra. Para que evidentemente se entienda qué edificio sobre tales cimientos, y qué obra se puede levantar. Aunque, como la mentira es vária, y la herejía es bestia de muchas cabezas, lo que Enrique despues de haber hecho divorcio con la esclarecida reina doña Catalina, cuando ya se llamaba *suprema cabeza de la Iglesia*, estableció en materia de la fe, Eduardo y Elisabeth, sus hijos, lo alteraron y pervirtieron, introduciendo en aquel reino otro evangelio diferente del que su padre había mandado. Las cosas maravillosas y espantosas que despues que comenzó el cisma en Inglaterra, Dios nuestro Señor ha obrado en aquel reino para reducir los corazones de los hijos á la antigua fe de sus padres, son tantas, tan extrañas y várias, que no se puede bien comprender sino leyendo la historia del mismo cisma y el discurso de todo lo que ha pasado en él. El cual quiero yo aquí escribir con toda llaneza y verdad, é ilustrarle con la novedad y variedad de cosas tan admirables, sacadas de las historias de nuestros tiempos, y particularmente de la del doctor Sanderó, el cual las recogió de los instrumentos y escrituras públicas, y de las relaciones que de palabra ó por escrito hombres gravísimos le dieron, y de lo que él mismo vió y observó.

(1) En la Real Academia de la Historia se conserva una copia del curiosísimo expediente seguido en Zaragoza ante el Abad de Veruela y Prior del Sepulcro de Calatayud, en virtud de letras re-

misoriales de Roma, en que se prueba lo que aquí dice Rivadeneira, y otras cosas curiosísimas y dignas de ver la luz pública. (F.)

## LIBRO PRIMERO

DEL

# CISMA DE INGLATERRA.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Del casamiento de la infanta doña Catalina con el príncipe de Inglaterra, Arturo, y de los desposorios que, muerto el Príncipe, hizo con Enrique, su hermano.

Presidiendo en el imperio Maximiliano emperador, y en España los Católicos Reyes, don Fernando y doña Isabel, y en Inglaterra Enrique VII deste nombre, parecía que las cosas de la cristiandad florecían y estaban en toda prosperidad. Porque Maximiliano fué príncipe en paz y en guerra magnánimo, y los Reyes Católicos en la una y en la otra felicísimos, y Enrique VII fué valeroso y prudente, vencedor siempre en todas las guerras que hizo, y poderoso y rico en todo género de tesoros y riquezas. Ya la superstición del falso profeta Mahoma, con la nueva interpretación de Ismael Sofí, hijo de una hija de Asuncasal (que había ocupado el reino de Persia, y con la majestad del nuevo imperio hecho que sus pueblos la recibiesen), se iba desmembrando y partiendo en várias sectas. Ya los sarracenos, que habían poseído casi ochocientos años la Andalucía, despues de la toma de Granada habían sido echados de toda España. Ya el Nuevo Mundo, descubierto por la misericordia infinita del Señor á los españoles, había comenzado á obedecer al sagrado Evangelio de Cristo, propagando y dilatando la gloria de su santísima fe, los castellanos hácia el Poniente, y los portugueses hácia el Oriente y Mediodía, con la autoridad de Alejandro VI, sumo pontífice. Teniendo pues la Iglesia católica este dichoso curso, el año de mil quinientos se concertaron los poderosos reyes Enrique VII de Inglaterra y don Fernando y doña Isabel de España, que Arturo, hijo primogénito de Enrique y príncipe de Inglaterra, se casase con la infanta doña Catalina, hija de los mismos Reyes Católicos; lo cual se hizo el año siguiente de mil quinientos uno, y se celebraron las velaciones en la iglesia de San Pablo de Lóndres, el día de San Erchenualdo, que cae á los catorce de Noviembre (1). La noche de la fiesta fueron lleva-

(1) Acerca de la brillante comitiva que acompañó desde España á doña Catalina, y de las fiestas que se hicieron, da curiosas noticias el expediente citado.

dos el príncipe Arturo y la princesa doña Catalina á su tálamo con toda la pompa y majestad que á tan grandes príncipes convenia; mas el rey Enrique había ordenado que estuviese aquella noche con ellos una señora principal, para que no se tratasen como marido y mujer; porque el Príncipe, demas que era muy muchacho (que no llegaba aún á quince años) tenía una calentura lenta, la cual le acabó la vida, cinco meses despues que se casó.

Muerto Arturo, pidiendo los Reyes Católicos su hija, el rey Enrique les propuso que se desposase con Enrique, su segundo hijo, hermano de Arturo, y en lugar dél, heredero de su reino; el cual era entónces de doce años; y que para que esto se pudiese hacer legítimamente, se aleanzase la dispensacion del romano Pontífice. Dieron oídos á esto los Reyes Católicos, y habiéndose consultado, en el uno y en el otro reino, los mayores letrados que había en ellos, teólogos y canonistas, y mirándose y examinándose mucho si aquel matrimonio se podía lícita y honestamente hacer, y habiendo parecido á todos que sí, se dió cuenta del negocio por los embajadores de los reyes á la santidad del papa Julio II, que había sucedido en el pontificado á Alejandro VI y á Pio III (que vivió muy pocos días), en cuyo tiempo se había comenzado á tratar; y Julio, con parecer de varones doctísimos y gravísimos, dispensó con ellos para que se pudiesen casar, quitando el impedimento y vínculo del derecho humano, que sólo lo estorbaba, por el bien público de la cristiandad, y por conservar la union y paz que entre los reyes y reinos de España é Inglaterra había. Los teólogos claramente decían, el derecho divino, que en las sagradas letras está consignado (2), no ser contrario á este matrimonio, porque si se miraba al estado de la ley natural, Júdas patriarca había mandado á Ona, su hijo segundo, que se casase con Thamar, mujer que había sido de Her, su hermano mayor, el cual era muerto sin dejar hijos, para resucitar la memoria y sucesion de su hermano (3). Y si se consideraba lo que dispone la ley de Moisés,

(2) Gén., 38.

(3) Deut., 15, y Ruth., 1 et 2.